

LA MUJER ESPAÑOLA, HOY

nal, y hoy día, muchos mujeres, ya de modo tardío para ellas, adquieren lucidez respecto de su problemática... Como médico, que he de ocuparme del «caso» aislado, situaciones de este tipo me deparan muchas veces una gran desazón y perplejidad. Como hombre, no obstante, por tanto como sujeto con mi propia dimensionalidad política, que a través de mi profesión he podido, a mi vez, concienciar el carácter político en sentido amplio de muchos de los problemas que consideraba antes netamente psicológicos, no tengo reparo alguno en seguir denunciando estas situaciones, independientemente de que a unas les depare una resignación entristecedora; a otras, una desesperación en el sentido coloquial del vocablo. En cualquier caso, cabe la posibilidad de dirigir la praxis de esta mujer, que tardíamente alcanza un correcto nivel de conciencia, hacia funciones tales como la formación misma de sus hijos, por ejemplo. Por otra parte, el perjuicio personal a que hago referencia, inherente a esta concienciación, no puede ser freno en modo alguno. Al fin y al cabo, en esta sociedad todos experimentamos alguna suerte de frustración, cuando no una frustración total, y es históricamente insoluble. Pues bien, aquellos que somos conscientes de nuestra frustración tenemos el deber de suplantar nuestra posible desesperación-resignación por otra forma de operatividad, a saber: utilizarnos nosotros mismos como conciencia de fracaso, para trascender del problema netamente personal y denunciarlo como problema general suscitado por el sistema. Hacer contra el sistema es una forma de hacer por nosotros mismos y, desde luego, por los que nos rodean, aunque no lleve consigo, en el decurso de nuestra propia vida, la solución de los problemas denunciados.

La doble dimensión de la mujer

—¿Cuál consideras que debe ser la reivindicación fundamental de la mujer?

—Según pienso, ha de tener, cuando menos, una bidimensionalidad. Por una parte, en tanto que ser social; por otra, en tanto que mujer propiamente dicha. Es ne-

cesario, por lo que a la primera concierne, que la mujer viva su papel como persona antes incluso que el de mujer; en este sentido, es decir, como persona, es persona social, porque no hay otra forma de ser persona. Sus reivindicaciones, en consecuencia, son, en este tipo de cosas, idénticas a las del varón. Pero la mujer tiene que librar su lucha concreta en cuanto que mujer, es decir, como grupo social determinado, marginado como tantos otros. Precisamente, al luchar para que se le reconozcan sus derechos como ser social, debe ante todo alzarse contra esa «mística» de la femineidad que la relega a ocupar en la sociedad un papel secundario y estupidizante... El hecho de que haya situado en un primer momento el carácter personal y posteriormente su reivindicación como mujer no quiere decir que piense que este último sólo pueda suscitarse una vez que el primero haya sido resuelto. Ambos momentos son inseparables y la lucha puede ofrecerse en estos dos frentes simultáneamente. El problema se plantea análogamente al de otros sectores sociales. La clase obrera, por ejemplo, aspira por sus propias reivindicaciones; asimismo, los profesionales de otro tipo luchan por la obtención de organizaciones que realmente les representen en el planteamiento de sus necesidades concretas. De igual forma, la mujer tiene su propio frente de lucha, al lado de muchos otros, como obreros y profesionales, que le pertenece como ciudadana. Al intentar dar cumplido fin a esa aspiración de que antes hablábamos, una función social que debe realizar es reivindicación como mujer concreta. No se trata de un feminismo, en el sentido históricamente aceptado del término (que, por otra parte, en su momento, desempeñó un papel indudablemente positivo, pese a sus históricas limitaciones en el planteamiento), sino de que la mujer intente institucionalizar en organizaciones concretas sus problemas particulares como grupo social. De esta forma, me parece indudable que habría de obtener esa precisa carta de ciudadanía de que hoy carece y que es el primer paso para la adquisición definitiva de su primaria conciencia social. ■ N. C.

EL MUNDIAL Y LOS COMPLEJILLOS DE LA RAZA

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

En los campos de fútbol mexicanos se ha producido un portentoso milagro geofísico: todos los equipos que se enfrentaron a Inglaterra jugaron "en casa". La afición mexicana fue, sucesivamente, una afición rumana, una afición brasileña, una afición checoslovaca y una afición alemana. Unos auténticos camaleones los "manitos". Jaleando frenéticamente a estos equipos en sus partidos contra Inglaterra y silbando con no menor entusiasmo a la "pérfida Albión". Un amigo mío que anda un poco despistado en esto del fútbol y se asomó un momento a la televisión a ver el Inglaterra-Alemania, creyó que el partido se estaba jugando en Hamburgo. México se descubrió a sí mismo entrañables lazos de amistad con Checoslovaquia y Rumania, y si un equipo de guardias rojos de Mao Tse Tung hubiese jugado allí contra Inglaterra, el público mexicano habría recobrado bruscamente los fervores revolucionarios de Pancho Villa para aclamar a los chinos y llenar los graderíos de retratos de Mao Tse Tung.

Este curioso fenómeno sociodeportivo debe tener su explicación, digo yo. Ahi va una, por si vale, y sin pretender que sea la única.

La "pérfida Albión" era, en efecto, culpable. Era culpable de haber ganado merecidamente el Mundial de 1966 en Wembley. Digo merecidamente porque aquel verano estuvo clarísimo para todo el mundo que no tuviera telarañas en los ojos —en los ojos y en el alma— que el equipo inglés era el mejor equipo del mundo en aquel momento. Lógicamente, en sociedades mentalmente sanas se habría recibido a los campeones del mundo con una gran ovación, que estaría tanto más justificada cuanto que los futbolistas ingleses, por encima y por debajo de todas las irregularidades arbitrales, salvaron aquel año el honor del fútbol como deporte, frente al pobre y en algunos casos bochornoso espectáculo que ofrecieron los equipos hispanoparlantes. Me parece clarísimo, por ello, que el aficionado al fútbol tenía una deuda de gratitud hacia los deportistas ingleses y que éstos deberían haber sido recibidos con una clamorosa ovación en México. Y si esto era mucho pedir —que, efectivamente, era mucho pedir—, lo menos que podía hacer el público hispanoamericano era callarse.

Lo demás —los silbidos, los abucheos, la grosería, la hostilidad sistemática— demuestra lo que demuestran: los tristes complejillos de la raza y, tal vez, las razones profundas de su subdesarrollo, el económico y el otro.

Inglaterra ha perdido el Mundial 1970 tan merecidamente como había ganado el de 1966. No ha sido esta vez el mejor equipo del mundo. Por otra parte, si hubiera renovado su título en semejante ambiente, y jugando a mediodía y bajo un sol de fuego, habría que erigir un monumento a cada jugador inglés.

También México perdió el Mundial. No me refiero al equipo, que hizo lo que pudo y quedó como un hombre, sino a México-público, a México-sociedad deportiva y humana. Y no estaría demás que la F.I.F.A., con vistas a la atribución de la sede de los próximos Mundiales, nombrara una comisión especial para determinar cuáles son los públicos que han alcanzado un grado de civilización suficiente para ser espectadores de un evento de esta naturaleza.

Uno sería el primero en celebrar que estos observadores internacionales llegaran a la conclusión de que el público español está perfectamente capacitado para ello.